

GRAFO-ANALISIS DE BARBA-JACOB

Escribe: EBEL BOTERO

Entre los muchos objetivos de la crítica literaria (historia, pedagogía, orientación, recreación pura), está el placer de conocer la intimidad de los literatos, y entre la gran variedad de instrumentos (crítica interna, comparación, tabulación, estilística, biografía) se encuentra el estudio psicológico de aquellos. En forma algo novedosa en Colombia, quiero yo descubrir al Barba-Jacob íntimo, valiéndome del grafo-análisis. Es este una variedad grafológica fundada y enseñada en los Estados Unidos por el doctor M. N. Bunker, a cuya escuela pertenezco.

Hay desde luego muchos escritores y lectores que no le dan importancia alguna a la biografía de un poeta. Sin embargo, todo el mundo anda coleccionando la voz, el retrato o el autógrafo de ciertos hombres célebres. Y con toda razón. Uno de aquellos que desprecian la información íntima se cuidó de incluir su fotografía, tamaño grande, en uno de sus más recientes libros. El amor a la obra lleva como de la mano a querer al autor y a buscar todas sus reliquias. Muy bien hicieron J. Gaitán Durán y P. Gómez Valderrama, p. e., al buscar, conseguir y publicar el retrato y un manuscrito

de J. L. Borges cuando le rindieron homenaje en *Mito* (febrero de 1962). Muchos estamos ahora tratando de conseguir la grabación de la voz de E. Cote Lamus: la intensidad del interés por estas cosas externas a la obra es directamente proporcional a la emoción estética.

Jaime Mejía Duque me adjudicó hace poco (*El Siglo*, 29 de agosto) una aspiración a “fundar en la Astrología la moderna crítica literaria” por ciertas alusiones pasajeras que hice en mi libro *Cinco Poetas Colombianos*. La verdad es que yo trato de usar como meras auxiliares de mi trabajo dos ciencias de las mal llamadas “ocultas” (todo el mundo tiene hoy acceso a ellas...), ciencias —o artes— muy calumniadas: la grafología y la astrología. En el presente ensayo me limito casi exclusivamente a la primera de ellas, con someras referencias a la otra. Mi admiración por Barba-Jacob en su obra poética me conduce a interesarme en sus grafismos, así como J. B. Jaramillo Meza en su *Vida de P. B-J.* (2ª edición, Ed. Kelly, Bogotá, sin fecha) dejó que su devoción por el poeta lo llevara a decirnos que murió “a las 3 y 10 minutos de la madrugada del 14 de

enero de 1942" (p. 123) y aun a establecer que a esa hora la temperatura era de 5 grados bajo cero.

· Empleo como espécimen gráfico el cincograbado de una copia manuscrita por B-J mismo el 14 de septiembre de 1928 en Medellín, de la "Canción de la Vida Profunda", poema escrito, según él, en 1915 en La Habana. (En "*Dos Horas de Literatura Colombiana*, J. Arango Ferrer afirma que la Canción se escribió en 1914, dato que convendría aclarar, pues el poeta pudo también equivocarse). Aquel cincograbado apareció en periódicos colombianos con ocasión de recibirse en nuestra patria las cenizas de Porfirio. Uso yo uno de ellos, pero carezco lamentablemente de la referencia exacta, la cual tiene mayor importancia de la que podrían otorgarle algunos "trascendentalistas". En efecto, en *El País*, de Cali, del 28 de abril de 1963 volvió a publicarse aquel autógrafo, reducido ya de tamaño y harto borroso. Estas dos circunstancias influyen no poco en un buen grafo-análisis. Supongo que el espécimen que yo uso sea de igual tamaño que el manuscrito autógrafo.

Dos advertencias más, antes de consignar mis conclusiones: 1) dicho manuscrito, según informes verbales de Adel López Gómez, fue pergeñado por B.J "ad-hoc", o sea para ser publicado en la prensa, lo cual le resta algo de espontaneidad. 2) En este breve ensayo aludiré a ciertas reglas grafológicas, con el fin de evitar que los escépticos tomen mis observaciones por fruto de crítica interna de los poemas o por meras síntesis de lo que la crítica literaria ha dicho hasta ahora sobre B-J. Pero se advierte al lector que no debe emplear tales reglas sin un previo

estudio técnico de esta disciplina.

Pues bien, el poeta tenía en 1928, 45 años de edad. (Había nacido, según Jaramillo Meza, el 29 de julio de 1883; o sea bajo el signo de Leo). Según R. Maya en *Alabanzas del hombre y de la tierra*, hacia 1928 o 29 la poesía de B-J. denotaba "serenidad y equilibrio" (cruzaba ya "el otoño memorioso, cuando el alma convalece de su pasado", en frase de Maya). El extremismo típico de los nativos de Leo comenzaba a reducirse. Pero aún así, la letra de Porfirio, de inclinación muy acusada hacia la derecha —dextrógira en grado notable, aunque no excesivo— revelaba entonces el calor humano, la pasión casi incontrolada, la impulsividad, rasgos nada sorprendentes en aquel ser "soberbio y desdeñoso" pero "humilde, humilde, humilde" ("Futuro"). El hombre que "ha mordido la manzana que guarda un poco de polvo y ceniza de las ciudades castigadas" (ingeniosa y delicada perífrasis de Maya al presentar a B-J en un teatro bogotano) no puede evitar la inestabilidad. Aquella razón, sumada a la polarización caracterológica de los leonianos típicos, explica el conflicto íntimo del poeta que está de bulto en su manuscrito de 1928. "Un perfil de la careta ríe; el otro llora" —dice todavía Maya. Veamos estos contrastes violentos en su letra:

1) Independencia de criterio (cierto tipo de letra *d* bajita) frente a la preocupación vanidosa por la opinión ajena —inseguridad— (un rasgo frecuente en la letra *m*). 2) Dadivosidad rayana en ostentación (cierta clase de finales de grupos gráficos) al lado del temor a darse (letras cortadas bruscamente al final). 3) Amor al secreto (letras circulares cerradas

con "lazo") al pie de la verbosidad leoniana (algunos círculos muy abiertos). 4) Ornamentación barroca (la *d* primera del título, p. e.) contra la sobriedad y concisión clásicas (la *h* escueta de "hay", en casi todos los versos iniciales de estrofa). 5) Ansiedad por el futuro (finales gráficos avanzados) en pugna con una nostalgia infantil incurable (la *s* regresiva, p. e., de "rútilas" o la *d* segunda del título, sinistrógira. 6) El optimismo (líneas ascendentes) opuesto a la depresión y al odio de sí mismo (v. gr. la *a* caída de varias palabras en la última línea de la primera estrofa).

7) La soltura y gracia del gesto vital (en la mayoría de las letras) en conflicto con los espasmos y la rigidez neurótica de muchos rasgos (p. e., en la *n* de "un talle"). 8) El espíritu emprendedor, de combate (rasgo de avance), en oposición a la sumisión masoquista algunas eses que vuelven sobre sí mismas en forma curvilínea). 9) La tenacidad (garfio final de "hasta" en la estrofa cuarta) comparada con el desaliento y languidez (la *s* final de "somos", en la misma estrofa). 10) La amplitud de criterio y respeto a la opinión contraria (cierta clase de *e*) al lado de un dogmatismo imperioso (otro tipo de la misma vocal). La lista de contrastes podría prolongarse más allá de este número diez, número perfecto.

Y a pesar de todos esos contrastes, observados minuciosamente (usamos la lupa y a veces hasta el microscopio o la macrofotografía), el conjunto gráfico deja la impresión general de orden formal, de armonía. No en todo artista se encuentran: la letra de Beethoven, p. e., es de una fealdad morfológi-

ca impresionante... Barba-Jacob se esforzaba por seguir los cánones parnasianos y por perseguir una convencionalidad imposible para él. (Vimos que este espécimen no es del todo espontáneo). Su frustración sexual, la ausencia del amor, son evidentes en su letra. La *b* final de su firma, los barrotes indolentes de más de una *t*, la *z* de "redondez" acusan hastío vital, autocondenación íntima —pese a su aparente cinismo—. En muchas formaciones de la *g* y de la *f* aparece su desviación sexual involuntaria: "una bacante loca y un sátiro afrentoso / conjuntan en mi sangre su frenesí amoroso" ("Balada de la Loca Alegría"). Su "Divina Tragedia" corre parejas con su abulia, visible en la mayoría de sus letras *t*: es él una mera "llamita al viento". Su exhibicionismo —como persona y como poeta—, típico rasgo leoniano, está prominente en muchos finales de grupo gráfico.

"En el vital deliquio por siempre insaciado", B-J fue también un frustrado en su poesía desigual, inacabada. La mayoría de los críticos (p. e. Torres Rioseco, Anderson Imbert, Sanín Cano) la consideran "malograda" como creación. Quiso decir más, pero las palabras no le obedecían. Este rasgo mental aparece en la letra: fuera de algunas erres que denotan capacidad constructiva, arquitectónica, la mayoría de sus emes y enes no son las de un creador genial. Demasiado angulosas, revelan más bien al destructor, al sado-masoquista. Falta suavidad, serenidad, espíritu amplio y objetivo: letra estrechada, precipitada, angustiada.

Sentimental, B-J nos llega al alma, pero su imaginación no era rica en exceso (al menos a los 45

años, y según la letra). Fantasía de cansado vuelo, salvo cuando trabajaba sobre su Yo: las eles y gees cubrían un terreno amojonado, al paso que sus dees eran amplias, explayadas. Tenía una inteligencia de tipo investigativo, evidente en muchas formaciones de la eme y ia ene, pero su frustración deprimente le obstruyó el camino de la ciencia. Para este no le ayudaban tampoco su relativamente escaso talento analítico (ciertos detalles de las emes) ni su decididamente pobre capacidad especulativa (estrechez de las eles y haches). Esta última la confirman los juicios de Sanín Cano y Maya. Por lo demás, son escasos los grandes filósofos leonianos, mientras abundan los generales dinámicos y los negociantes afortunados en ese signo zodiacal. El signo del león, rey de la fauna. Hay muchos rasgos gráficos (detalles de la eme y de la te) en B-J que ostentan su talento directivo, dominador, ese don de imperio que le impresionó tanto a Arévalo Martínez en "El Hombre que parecía un caballo". (Cara de

caballo, pero sicología de león, realmente...).

Porfirio dominaba en la conversación: con el humor (testigo el libro de Lino Gil Jaramillo, *El Hombre y su Máscara*), evidente en un tipo de eme; con el brío y la elegancia, visibles en su letra nerviosa, rápida, ágil; con un Yo abultado, que he descrito antes. Si no logró dominar a la vida misma, fue por esa trágica dualidad que descubrimos en cierto tipo de oes y aes, y en su aptitud (común entre hombres de estudio) para cambiar de letra: el texto exhibe grafismos tendidos, mientras que el título es de letra vertical. Era Miguel Angel Osorio, el *doble* del Maín Ximénez de Antioquia, del Ricardo Arenales cubano y nicaragüense, del Porfirio Barba-Jacob de América. Su radiografía síquica lo descubre al grafólogo por este método técnico de penetrar el alma de los escritores, método que me propongo emplear con algunos otros de los prohombres de la inteligencia colombiana, si este ensayo de ahora es bien acogido.